

¡Viva la chicha nueva! La chicha en la vida popular y campesina chilena

Long live to the new chicha! Chicha in Chilean folk and country life

Amalia Castro San Carlos¹, Alejandra León², Felipe Cussen², Pablo Lacoste^{2}*

RESUMEN

La chicha es el objeto principal de estudio del presente artículo, como objeto central de la vida popular y campesina chilena. La importancia cultural de la misma, que permanece en el tiempo, se contraponen a los estudios históricos que juzgaron con recelo a estos productos tradicionales, que quedaron al margen de los procesos de modernización de la producción de la época. Para ello se investiga la presencia de la chicha en la prensa escrita del siglo XIX, en la colección de relatos campesinos FUCOA y en el folklore y poesía popular.

Palabras clave: chicha, cultura popular, literatura, folklore.

ABSTRACT

Chicha is the main object of study of this article, as central object of Chilean folk and country life. The cultural importance of it, that remains in time, is opposed to historical studies that almost denied these traditional products, which were left out of the modernization of production of the time. To do this, the presence of chicha is investigated in the press of the nineteenth century, in the peasant collection of stories FUCOA and folklore and folk poetry.

Key words: chicha, popular culture, literature, folklore.

Introducción

Una de las bebidas más difundidas y tradicionales del Valle Central de Chile es la chicha, con una tradición que irradió desde las masas populares y campesinas al ser objeto central de diversas celebraciones, como fin de cosecha y fiestas patrias. La chicha es parte importante de la vida social e identidad cultural de buena parte del país.

En el ámbito académico los estudios han tenido que ver más bien con el vino y, dentro de esa producción, la elaboración de chicha fue observada un poco negativamente debido a los métodos de producción y tipo de uva utilizados para su elaboración, especialmente pensando en la posterior influencia francesa que cambió los parámetros de elaboración del vino coloniales (Gay, 1855; Couyoumdjian, 2006; Del Pozo, 2014; Briones; 2006; Pszczólkowski, 2013, 2014 y 2015). Los diferentes autores se focalizaron en el producto

principal (al menos por volumen) y dejaron fuera del cuerpo de estudios algunas de las ramas secundarias, entre las que se encuentra la chicha.

Entre las referencias que la literatura especializada entrega sobre la chicha, encontramos algunos datos al respecto, como el primer elaborador (Del Pozo, 2014) y la rentabilidad económica de la chicha por hectárea de viña a fines del siglo XIX (Aránguiz, 1995). En la actualidad, el consumo de chicha es notable en el mes de septiembre, en el marco de una festividad de importancia como las fiestas patrias chilenas, si bien es consumida en menor escala durante todo el año. Destaca su carácter artesanal, ámbito en el que podemos encontrar a pequeños productores (como los Durán de Curacaví) dedicados a la elaboración de esta bebida en conjunto con otras tradicionales, como el pipeño. Gracias a ello, es una bebida que ha logrado mantenerse a lo largo de los siglos. El estudio del tema en torno a la identidad de este producto será objeto de investigación del presente artículo.

¹ Universidad Finis Terrae, Facultad de Comunicaciones y Humanidades, Escuela de Historia. Santiago, Chile.

² Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Santiago, Chile.

* Autor para correspondencia:

Chicha en la vida campesina

La chicha ha sido, a lo largo de la historia de Chile, parte importante de la vida social en los sectores populares del Valle Central. En un espacio paralelo al que construyeron las grandes marcas por medio de la publicidad y el marketing, este producto mantuvo su influencia en la vida cotidiana, en los encuentros sociales y en las reuniones familiares. Se integró en el corazón mismo de la vida de las personas. Y si bien en las zonas urbanas perdió protagonismo por el control de las cadenas de distribución ejercido celosamente por las grandes firmas, en las zonas rurales logró mantener su presencia.

Hacia fines del siglo XIX el consumo de chicha se encontraba vigente en las ciudades como medio de socialización, y era buen pretexto para enamorar e instrumento de celebración de acontecimientos políticos y mitines. Los periódicos de la época, junto con informarnos de la “chicha exquisita que se bebe en la Gruta, Casino del Portal Fernández Concha y en los principales hoteles”,¹ resaltan historias asociadas con este producto, de amores frustrados, como el carpintero “en bomba” (borracho) que se encuentra con unas “niñas que hacía mucho tiempo no veía” y las “convidó a tomar chicha a un despacho de licores”. Luego de seis vasos, el cantinero, sospechando de este “lacho” lo conmina a pagar la cuenta y “aquí fueron los apuros. El galante artesano no tenía ni cristo, y comenzó a pedirle prestado a sus convidadas; pero como ninguna de ellas le quisiese prestar, se vio obligado a confesar que no tenía con qué pagar” y, por ello, el carpintero terminó pagando su borrachera en la cárcel.²

Y es que la chicha, sobre todo la chicha nueva, era señalada como culpable de las tasas de alcoholismo y mal comportamiento de la época, coincidente con la demonización del consumo de alcohol al transformarse en un problema para la salud pública (Ferrari, 2014). Para colmo, provocaba que se hiciera caso omiso de los tiempos de abstinencia del calendario católico, como la cuaresma, toda vez que se informa acerca de las visitas de los “devotos de Baco” al cuartel de policía, señalándose que “la chicha nueva es indudablemente la causa de este aumento en el número de los ebrios”.³

Por la misma época observamos cómo, poco a poco, se dirige o redirige el consumo de chicha desde el ámbito público al ámbito privado. Las razones las da el soldado de policía Ramón Picarte, cuando conducía al cuartel a Pedro Berenguela por

encontrarse ebrio, habiendo adquirido tal estado en un negocio público. Estando ya borracho, salió a la calle “dando gritos de *¡viva la chicha nueva!*”. El señor policía señaló al Sr. Berenguela que “aquello no era muy a propósito para dar buen ejemplo a los transeúntes y sobre todo la chicha no era para ser aplaudida en público sino en privado”. Dicha filípica no cayó bien en el entusiasta de la chicha, quien golpeó, destrozó la ropas y robó el sable del oficial de policía, echando luego a correr.⁴ Y aunque posteriormente fue apresado, esta noticia es un hito en el cambio de las pautas culturales ciudadanas: las borracheras, actos de regocijo, jolgorio y festejo, que en el mundo rural son inseparables de toda celebración que se precie importante, quedan reservadas al ámbito doméstico, so pena de caer en un comportamiento incorrecto que, rayano con la ilegalidad, no podía traer consecuencias alegres. Así, junto con la condena al consumo alcohólico, se condenó, también, a la noble chicha.

En los relatos campesinos relevados en Cuyo también se confirmó la asociación de estos productos con la vida social y los momentos festivos, particularmente con la celebración del carnaval, en las fiestas de fin de cosecha y en los tijeales. Según el *Diccionario Argentino de la Vid y el Vino*, la chicha “no faltaba en las casas, sobre todo en la época de carnaval”. Se la define como “Bebida típica de los carnavales”. En efecto, “la gente humilde suele llevar (al desfile de carnaval) harina que arroja después del agua y ramitos de albahaca, costumbres estas que tienden a desaparecer, igualmente que el hacer chicha para esa época”. Además de reinar en el carnaval, la chicha se hacía presente en momentos importantes de encuentro social: “Esta bebida se utilizaba tradicionalmente en los grandes asados que se realizaban una vez terminada la tarea; los brindis con chicha eran un verdadero anticipo de los vinos nuevos” (González, 2006).

Con gran escándalo el periódico *El Ferrocarril* refiere la utilización de la chicha en el mundo campesino chileno, concretamente en Limache, como arma política de convencimiento de los votantes del pueblo. El partido de los “sin vergüenza” logró la victoria sin una sola oposición, y todo gracias a que a los votantes “se les tenía preparada una mesa provista de chanco arrollado, empanadas calduas (sic), chicha y sus tragos de bajador para los que se hinchaban”. Esto, junto con el trato de “pililos” que se ofreció a los votantes, incluyendo viaje en primera clase en el tren, señalaba al Sr.

gobernador don Francisco A. del Pedregal como responsable directo de la utilización de una buena porción de comida y alcohol, sobre todo chicha, con fines políticos⁵ entre la clase popular chilena.

En el caso de los relatos campesinos de la Colección FUCOA, atesorada en el Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares (ALOTP) de la Biblioteca Nacional de Chile, estos constituyen una interesante fuente para reconocer la presencia de la chicha en la vida social del Valle Central de Chile. En efecto, esta colección se formó de manera relativamente espontánea, a partir de la convocatoria anual del Ministerio de Agricultura. La colección reúne cuentos originales donados desde 1992 por la Fundación de Comunicaciones del Agro (FUCOA) del Ministerio de Agricultura. Tales relatos surgieron como resultado de los concursos de cuentos e historias campesinas realizados anualmente por este organismo. Después de más de dos décadas de funcionamiento, se ha creado un fondo documental que rescata los usos y costumbres de las zonas rurales de Chile. Por lo general se trata de relatos de gente de la tercera edad y, en algunos casos, los autores refieren historias aprendidas de labios de sus mayores, al calor de la chimenea en noches de invierno. Estos relatos no tienen una fecha precisa, pero en buena medida representan usos y costumbres de la primera mitad del siglo XX, con un margen de proyección anterior y posterior a esa fecha.

La chicha aparece mencionada recurrentemente en los cuentos de la colección FUCOA.⁶ Diez veces se hace presente la chicha en estos relatos, siempre asociada a lo chispeante, la picardía y la alegría de vivir. Se distinguen tres tipos de chicha: baya, chispeante y achampañada.

La chicha aparece en estos relatos dentro de un mismo patrón sociocultural: es parte del ambiente de fiesta y celebración que gustan construir los campesinos. Alrededor de ella se crea el ambiente de sociabilidad, de amores, de encuentros y desencuentros, de dramas y sucesos memorables. La fiesta se aseguraba con “un lagar con chicha”.⁷ En el relato, estas bebidas alcohólicas sirven como parte del escenario dentro del que se desarrollan los sucesos que merece la pena recordar y relatar.

Esta bebida surge como elemento de cohesión y socialización. Es parte de la estructura de la vida social; ofrecen el marco dentro del que se desenvuelven historias que se reconocen como valiosas e interesantes para la comunidad de referencia. A la vez, representan un tramo decisivo

dentro de los ciclos anuales de vida agrícola de trabajo, cultivo y cosecha. Al mismo tiempo, tiene la capacidad de suavizar las duras condiciones de vida de algunos campesinos, como los de Alto Palena, quienes olvidan sus pesares con “rica chicha de manzana” y empanadas para el 18 de septiembre.⁸ El carácter comunal de la fabricación de la chicha es destacado en este mismo contexto, recalcando, al mismo tiempo, lo positivo de su ingesta, pues nada hay que temer si “es chicha fresca y no los va a emborrachar”.⁹

De este modo, vemos que en el ámbito de la fiesta campesina el alcohol y comida juegan roles fundamentales. El consumo de chicha representa el momento de la celebración por la buena cosecha. Luego, esa tradición de celebrar la fecundidad del año agrícola se proyectó a los otros motivos de fiesta, tanto por motivos familiares (matrimonios, bautizos, cumpleaños) como en las celebraciones cívicas. Para las fiestas del 18 de septiembre (aniversario de la independencia de Chile) los hombres tomaban la chicha fuerte, “picadora y mareadora”.¹⁰ Las mujeres, por su parte, consumían la “chispeadora chicha con naranja”.¹¹ Tanto era así que en estas fiestas, en las que cocinaban las mujeres, los hombres “trocaban penas por alegrías”.¹²

Esta distinción se convierte casi en una constante, pues cada vez que se distingue al consumidor del alcohol en relación con el tipo, se realiza la misma separación: en general, el alcohol más “verdadero”, “fuerte” por ser menos dulce, más áspero, inclusive más alcohólico, es catalogado como “de hombres”, “de machos” o “para hombres”, mientras que los productos dulces y más suaves (como la mencionada chicha con cascarita de naranja, la chicha con poca fermentación versus la “picadora y mareadora” para hombres¹³ y ponches) son catalogados “para mujeres”. En algunos casos se equipara incluso al consumo femenino con el infantil; esto es, con un ser humano no terminado de formar, incompleto todavía, carente.

Párrafo aparte merece el “champán chileno”: la chicha de manzana. En un relato, que corresponde a la década de 1950, recuerda la historia de Juan Cayuqueo, herrero mapuche poseedor de tierras en el cerro Conun Huenú, en Temuco. En ellas, su gran motivo de orgullo era su quinta o manzanar, cuyos frutos eran las variedades conocidas como “cabeza de niño” (verdes y olorosas, podían llegar a pesar 1 kg cada una); limón (semejantes a dicho cítrico por tamaño y color); delicias (por su sabor

delicioso); indianas o naturales del terreno, siendo estas últimas utilizadas para hacer chicha “que se guardaba de un año para otro, se utilizaba para sus fiestas o la cosecha de trigo y avena que se sembraba. Al destapar una pipa de esa chicha estaba medio achampañada, daba placer tomársela pero pasado unos días servía solo para embriagarse y no acordarse de nada”.¹⁴

La chicha en la literatura

La presencia de la chicha en el folklore y en la poesía popular es igualmente muy relevante. Es obligatorio comenzar con la famosa cueca “Chicha de Curacaví” de Petronila Orellana, en la que la bebida aparece ligada al cortejo amoroso: “*Chicha de Curacaví, chicha baya curadora / Chicha de Curacaví, que poní los pasos lentos / Chicha de Curacaví, a mí no me los poní / Chicha de Curacaví, porque te paso pa’entro*”, y que en su remate propone un súbito cambio de preferencia alcohólica: “Me duele la cabeza / *Allá va, allá va, con la cerveza*”. Asimismo, aparece mencionada en muchas estrofas de la *Lira Popular* o bien en recopilaciones de “Canto a lo humano”. En varias ocasiones, forma parte de un inventario más amplio de comidas y bebidas: “Fiambres, cazuela y pescado / hallarán en mi negocio; / vengan a pasar el ocio / pero no a pedirme fiado; / todo expendere al contado; / chicha, ponche y de comer” (Daniel Meneses, en Uribe Echeverría, *Tipos y cuadros...* 34); “Hay diez barriles de vino, / de aguardiente, cuatro arrobas, / chicha nueva de Malloa / pa servirle a los padrinos; / a los parientes y amigos / yo los invito al momento” (Abelinda Núñez, en Uribe Echeverría, *Flor de Canto a lo humano* 84); “si tuviera mil doblones/ me los tomaría en chicha, / y a la más grande salchicha / la agarrara a mordiscones” (Rolak (Rómulo Larrañaga), en Uribe Echeverría, *Tipos y cuadros...* 56). También resulta llamativa la presencia frecuente de la chicha en fiestas y escenas situadas en prostíbulos: “Mi compadre le atracó / a la chicha de Aconcagua, / porque la chicha y no el ponche / le gustaba a la del arpa, / y él estaba enamorado / de la arpista hasta la cacha. / El tuerto tomaba chicha, / ponche y lo que le pasaban, / y a las niñas que llevamos / les agradó más la horchata, / pero con tanta malicia / que todas casi se rascan” (Juan Rafael Allende, en Uribe Echeverría, *Tipos y cuadros...* 115); “Un mocito campesino / entró a gustar a un despacho, / pidiendo chicha en un cacho,

/ apuntando a lo cuadrino, / en un caballo flentino / que lo llamaba *El Fusil*; / de ponche pidió un barril / y sirvió a sus semejantes, / que eran niñas elegantes / *de la estación de Tilti*” (José Hipólito Cordero, en en Uribe Echeverría, *Tipos y cuadros...* 59); “Se valen de muchas *caulas* [cábalas] / por quedarse con la ficha, / y en la noche, en tomar chicha, / se ven todas diabras” (Adolfo Reyes, en Uribe Echeverría, *Tipos y cuadros...* 49). Como se observa en el caso anterior, se asocia bastante el consumo de chicha y otras bebidas a las mujeres, lo que en varios casos es criticado. Así se observa implícitamente en “De las conductoras de San Felipe”, donde José Hipólito Cordero escribe desde esa perspectiva: “Brindo por mi buen destino / I continuaré brindando, / Porque ya me voy curando / Con chicha, mistela i vino; / Voi como perdiendo el tino, / Embriagada i me despojo; / Mi querido, sin enojo, / Me ha de servir un traguito; / Brindo por el cocherito / Que tanto me llena el ojo” (en *La Lira Popular* 24), mientras que Daniel Meneses se los reprocha de manera muy directa: “Al fin, la mujer chilena / Por seguir el mal camino, / Toma chicha, toma vino / Para deshechar la pena. / Llega al burdel en la buena / Tomándose el mejor trecho, / I se cruza pecho a pecho / A beber mui placentera, / Toda vieja huachuchera / Le quita al hombre el derecho” (en *La Lira Popular* 10). Atalicio Aguilar pinta una visión aún más apocalíptica de las consecuencias de los distintos alcoholes para toda la humanidad: “Por qué tanta borrachera, / por qué tanta perdición, / arruinando la nación / hombres de bajas esferas; / por qué toman sin reservas, / porque el hombre es libertino / y sigue ese mal camino / donde cruza Satanás, / y bebe, con ansiedad, / aguardiente, chicha y vino” (en Uribe Echeverría, *Flor de Canto a lo humano* 88).

Al revisar la tradición de la poesía escrita del siglo XX nos encontramos con una mirada distinta, menos contingente, y que más bien añora la presencia de la chicha asociada a las experiencias comunes vividas en el campo. Pablo de Rokha, en su *Epopéya de comidas y bebidas de Chile*, menciona además algunos de los orígenes de estos productos: “pues nos hemos venido a Pedelgua a remojar la Cuaresma en chicha del ‘Tránsito’, de Paine” (14); “El chuncho de Hualañé invita al ponche y al mosto, a aquellos pigüelos soberbios de don Juan de Dios Alvarado, en esa enorme chicha bautismal de doña Rosa Díaz, la tía del Mataquito” (21) y también la describe con metáforas muy sugestivas: “un ‘potrillo’ de chicha cruda, baya, con panales, hirviente y rugiente

como una hermosa hija de león” (17). Algo similar encontramos en “Sinfonía de los trenes” de Efraín Barquero: “Trenes de San Rosendo, de Curicó o San Fernando, / llegáis como los huasos fanfarrones, / venís siempre de fiesta recordando estribillos, / tropezando con los corderos y los pavos, / y con una gritería de viejas y chiquillas, / con un olor a empanada y un vigor de chicha” (en Calderón 244). Ya la investigadora María José Barros, en su artículo “Lo local y lo transnacional en la poesía de dictadura de José Ángel Cuevas. Entre el rock, la casa de adobe y el neoliberalismo” también menciona la presencia de la chicha –en un conjunto indisoluble con las empanadas– en los versos de este autor contemporáneo como una “metáfora de la clase trabajadora, revolucionaria, popular y chilena”. Cita en particular su poema “Propuesta de chicha y empanadas” como representación de “ese imaginario de nación en el cual creyó - (...) agrario, provinciano, popular y social”.

En la narrativa de corte realista y criollista también se encuentran otras menciones a la chicha. En la novela *El loco estero* (1909) de Alberto Blest Gana, por ejemplo, se remarca su rol como parte de las celebraciones nacionales:

En las ventanas, en los balcones, en las severas puertas de las viejas casas solariegas, en los tejados de las humildes moradas, en lo alto de los edificios públicos, allá a lo lejos, en el pajizo techo de los ranchos suburbanos, el glorioso tricolor batía sus pliegues, cantando su canción de victoria y arrancando al potente pecho del pueblo ese grito electrizador de ¡Viva Chile!, que redobla sus bríos en los momentos de peligros y su formidable sed de *chicha baya* en los días de regocijo nacional.

Mariano Latorre, en *Zurzulita* (1920), novela ambientada en Huerta de Maule (actual San Javier) también incluye un diálogo en el que dos personajes discuten respecto de la cualidad de la chicha:

–Pero esa chicha es para feriar al amigo Elorduy, del gusto de tenerlo por acá... Al amigo Juan de Dios le daremos agua, d’esta agua e Purapel, que parece chicha por el color. ¿No le parece?
Don Juan de Dios hace un gesto de asco y escupe sonoramente:

–¡Esa agua no’es más que para revolver los pirigüines en el estómago!

Ambos ríen estrepitosamente. Entra en ese instante una vieja flaca, cuyos zuecos viejos se arrastran en el suelo desnudo. Trae una botella de agua en la que bazuquea un líquido color de greda con un filamento de espuma alrededor. Marín llena los vasos y sirve a sus invitados. Es agradable la chicha nueva que sonajea en el vaso como si aún estuviera fermentando.

También en una novela posterior, *On Panta* (1935), situada en la Región del Maule, la chicha aparece como un punto de encuentro para los personajes, y se cita en numerosas ocasiones: “Salpimientan este diálogo, a modo de entremeses, ruidosas risas y gordas tajadas del pernil que chorrea substancia en el azafate, y la imprescindible chicha de los parrales costefños”; “Y empezó la copiosa comilona campesina. Incansables, armados de un furioso apetito, tragaban el caldo y mordían las doradas fibras del cordero asado. Y la agridulce chicha de los tinajones mojaba sus labios y seguía, gorgoriteando, hacia sus estómagos insaciables”; “–Usted sabe, don Lucho. Ahí está don Juan. Tenemos chicha nueva. / La cara se vuelve pausadamente hacia una puerta, detrás del mostrador./ Al oír el nombre de don Juan, mi amigo desborda de alegría. / –¿Cuándo no? Allí donde haya chicha estará don Juan!”; “Del jarro, echa chicha a los vasos. Hierve en burbujones oscuros, con vida extraña, la baya de los parrales cordilleranos. Y es dulcísima, de racimos recién estrujados./ La saboreamos en silencio. Mi amigo, como siempre, es el primero que habla, limpiándose los labios:/ –Buena la chicha de este año, don Juan”.

Es oportuno mencionar, por último, la presencia que tienen algunos dichos populares asociados con la chicha en las creaciones literarias. En estos casos no se trata de una alusión directa a la bebida sino a ciertas expresiones que ya se han hecho tradicionales, como “no sabí la chichita con que te estai curando” (que alude a meterse en problemas), por ejemplo. Hemos encontrado dos ejemplos relevantes; el primero es “El chicha fresca”, un relato de Luis Cornejo incluido en su libro *Barrio bravo* (1955), que corresponde al apodo de un personaje de un conventillo, y que corresponde al prototipo tal cual aquí es explica:

Entró al conventillo el “Chicha Fresca” silbando una tonada. Llamaban “Chicha Fresca” a este hombre, porque representaba gráficamente a ese néctar nacional tan chispeante, lleno de vida y despreocupación. “Chicha Fresca” era eso, trabajaba en lo que viniese y tomaba y donjuaneaba de lo lindo.

Un segundo ejemplo, bastante conocido, corresponde a la canción de Víctor Jara “Ni chicha ni limoná” (1970), y que caracteriza a aquellos que jamás se deciden por una u otra opción y se arriman “donde el sol calienta”, que aquí evidentemente es utilizada como una metáfora política: “Usted no es na’ / ni chicha ni limoná / se la pasa manoseando / caramba zamba su dignidad”.

Conclusiones

Lejos de las consideraciones de la chicha como un producto de segundo orden, este estudio deja en evidencia la importancia cultural de la misma. Como objeto central de celebraciones (en época de cosecha, carnaval, fiestas patrias y hasta con fines políticos) ha logrado mantener una valiosa permanencia en el tiempo, gracias a la profunda imbricación con la vida de los campesinos de la zona del valle central y sur. Esta vigencia es notable en la actualidad, cuando en época de fiestas patrias las grandes cadenas económicas, como supermercados, comercializan en forma abundante la chicha. Por ello, nos atrevemos a afirmar que la penetración de la chicha es transversal en la sociedad, siendo consumida masivamente en épocas determinadas del año, como las ya mencionadas.

Esta transversalidad se condice con el papel de la chicha como medio de socialización, como

elemento para facilitar amores, para manifestar la alegría de vivir, como cohesionador social y como insumo de las almas que desatan sus más alborotadas y sexuales pasiones luego de su consumo. La transmutación de las personalidades, la transgresión y hasta ser causante de conductas delictuales, es reflejado por las diferentes fuentes analizadas en este artículo.

En este sentido, se hace mucho más difícil, en la actualidad, constatar los niveles y medios sociales en que se consume la chicha porque, tal como se desprende del análisis realizado, hacia fines del siglo XIX comenzó a cambiar el escenario del consumo de esta bebida; de la mano de las corrientes higienistas y la preocupación del Estado por la salud pública, paulatinamente se dejó de consumir en público para pasar a ser un consumo privado ayudado, también, por las modas extranjerizantes que privilegiaron el consumo de alcoholes europeos o pseudo-europeos en la elite chilena. Finalmente, se dejó el consumo de los alcoholes tradicionales, más baratos y accesibles, al mundo popular y campesino. Y continuamos reconociendo hoy, en la zona central del país, distintas “picadas” donde se producen chichas artesanales, altamente valoradas por los lugareños y por los viajeros que tienen la suerte de probar el dulce brebaje.

Tal vez, por esa misma razón, los poemas hablan de la chicha con una notable carga de añoranza, una que recuerda alegrías. Porque mientras haya celebración, burbujeos y risa, la chicha seguirá viva.

Agradecimientos

Los autores agradecen al Proyecto Fondecyt N° 1130093 “Denominaciones de origen e identidad de agroalimentos en Chile (1870-1950)”.

Literatura Citada

- Aránguiz Donoso, H.; Cristián Rodríguez Salas, C.
1995-1996. Tradicionalismo y cambio agrícola en Aconcagua: elementos para su comprensión. *Historia*, 29: 29-33.
- Blest Gana, A.
1909. El loco estero y Gladys Fairfield. Séptima edición, prólogo de Alone. Santiago: Zig-Zag. 173 p.
- Briones, F.
2006. Lo inmigrantes franceses y la viticultura en Chile: el caso de René F. Le Feuvre. *Universum*, 21(2): 126-136.
- Calderón, A.
1970. *Antología de la poesía chilena contemporánea*. Santiago: Editorial Universitaria. 383 p.
- Cornejo, L.
1955. El chicha fresca. *Barrio bravo*. Santiago: Alfa. 101 p.
- Couyoumdjian, J. R.
2006. Vinos en Chile desde la independencia hasta el fin de la belle époque *Historia*, 39 (1): 23-64.
- Del Pozo, J.
2014. Historia del vino chileno. Desde la época colonial hasta hoy. Santiago, LOM Ediciones. 306 p.
- Ferrari, A.
2014. Borrachos eran los de antes... El vino como problema sociocultural y político en San Juan, Argentina, 1880-1910 *Revista Iberoamericana de Viticultura, Agroindustria y Ruralidad (RIVAR)*, 1(3): 53-68.

- Gay, C.
1855. Historia física y política de Chile. Tomo II: Agricultura. Santiago, Museo de Historia Natural, 1855. Edición moderna consultada: Santiago, Icirra, 1973, 443 pp.
- González, A.
2006. Breve diccionario argentino de la Vid y del Vino. Estudio Etnográfico Lingüístico, 1ª ed. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, Serie Estudios Lingüísticos y Filológicos; 10, 128 p.
- Navarrete, M.
1999. *La Lira Popular. Poesía popular impresa del siglo XIX*. Ed. Santiago: Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares / Editorial Universitaria.
- Latorre, M.
1920. Zurzulita. Santiago: Universitaria. 265 p.
- Latorre, M.
1953. *On Panta*. Santiago: Ercilla. 143 p.
- Orellana, P.
1972. Chica de Curacaví. En: Clarita Parra y los cuequeros de Lalo Sánchez. *Cuecas con chicha en cacho*. Disponible en: <http://www.cancionerodecuecas.cl/#!/disco/79>. Consultado:
- Pszczółkowski, P.
2014. “Terroir” y “Climats”: ¿realidad o quimera? *Revista Iberoamericana de Viticultura, Agroindustria y Ruralidad (RIVAR)*, 1(1): 13-19.
- Pszczółkowski, Ph.
2015. Sauvignon Blanc, Cabernet-Sauvignon y Carmenère, cepas claves de la viticultura actual de Chile. *Revista Iberoamericana de Viticultura, Agroindustria y Ruralidad (RIVAR)*, 2(1): 1-16.
- Pszczółkowski, Ph.
2013. Carmenere, mayoría de edad: 1994-2012. *Estudios Avanzados*, 20: 137-154.
- Rokha, P. de.
1965. *Epopeya de las comidas y bebidas de Chile. Canto del macho anciano*. Santiago: Editorial Universitaria. 44 p.
- Uribe Echevarría, J.
1974. Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX. 2ª ed. Santiago: Pineda Libros. 132 p.
- Uribe Echeverría, J.
1974. Flor de Canto a lo humano. Santiago: Editora Nacional Gabriela Mistral. 120 p.

Notas

- ¹ *El Ferrocarril*, 1 de mayo de 1878.
- ² *El Mercurio* de Valparaíso, 9 de julio de 1870.
- ³ *El Ferrocarril*, marzo 16 de 1870.
- ⁴ *El Ferrocarril*, marzo 31 de 1876.
- ⁵ *El Ferrocarril*, abril 8 de 1870.
- ⁶ Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro. Recopila relatos campesinos de distintas zonas de Chile, compuesta por 10.695 cuentos (a la fecha, pero la colección crece año a año). Entre estos, 70 cuentos se encuentran relacionados con las fiestas tradicionales y el alcohol, los cuales servirán de base para este capítulo. Son cuentos que nos relatan cómo el mundo campesino vive su tiempo de festividad, describiendo la celebración realizada después de cada cosecha y están relacionados directamente con la abundancia en comidas y bebidas alcohólicas, como parte fundamental de cada celebración.
- ⁷ Octavio Hernández Flores. “La fiesta huasa”. Concepción, 2007. Carpeta 203, cuento 10.341.
- ⁸ Urrutia Vilches, Juana. “Historia de Nuestra Zona”. Chaitén, 1995. Carpeta 23, N° 867.
- ⁹ Nauto Soto, Gabriel. “La maja de manzanas”. Chaitén, 2003. Carpeta 141, N° 6294.
- ¹⁰ Morelia Valdés Orellana. “Doña Valeria”. Santa Cruz, VI Región, año 2007. Carpeta 202, cuento 10.294.
- ¹¹ María Magdalena Rubio Sepúlveda “Tradicionales Chilenas” Huilco, Melipilla, R.M., 2007 Carpeta 204, cuento 10.377.
- ¹² Eliana Silva Lizana. La guitarrera. Chillán, 2002, Carpeta 73, cuento 2932
- ¹³ Morelia Valdés Orellana. “Doña Valeria”. Santa Cruz, VI Región, año 2007. Carpeta 202, cuento 10.294.
- ¹⁴ Enrique Parada Pastén. “El Compadre”. Maipú, Región Metropolitana, 2007, Carpeta 202, cuento 10.309.

